

DOMINGO III DE CUARESMA “A”

“Rescatados por el agua del bautismo, estamos llamados a beber del agua que salta hasta la vida eterna”

Ex 17,3-7:

Danos agua para beber

Sal 94, 1-9:

Ojalá escuchen hoy la voz del Señor: «no endurezcan su corazón»

Rm 5,1-2.5-8:

Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo

Jn 4,5-42:

Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna

I. LA PALABRA DE DIOS

«**Jesús, fatigado del camino**». El evangelista san Juan sabe unir los extremos: la “gloria” de Jesús y el realismo de su “carne”: la fatiga, la sed, las lágrimas, la preocupación, la turbación, la amistad humana. Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre, pero su vida humana no fue cómoda; la pobreza y las dificultades materiales lo acompañaron durante largas jornadas agotadoras.

«**Dame de beber**». Con sorpresa de los discípulos y de ella misma (hablar con una mujer era una de las seis cosas que tenían prohibidas los discípulos de los rabinos), Cristo inicia el diálogo con la samaritana. Él toma la iniciativa. No tiene inconveniente en mendigar de ella un poco de agua para entrar en diálogo. Dios tiene sed de dar. Cristo desea ardientemente establecer este diálogo con cada uno de nosotros. El pecado rompe este diálogo. El pecado no consiste ante todo en hacer el mal, sino en romper este diálogo, dejar que se enfrié esta amistad. Por eso, el primer fruto de la Cuaresma debe ser un diálogo renovado con Cristo, una oración más viva, más consciente y personal, más abundante; un diálogo que impregne toda nuestra vida.

«**Si conocieras el don de Dios...**» Como en otro tiempo le ocurrió a Nicodemo, la samaritana se queda en la superficie de lo que oye. El verdadero pecado de la Samaritana, del que brota su vida moral desquiciada, es *no conocer* a Jesús. *Conocer* es el primer paso de la conversión. Jesús va conduciendo el diálogo con esta mujer pecadora, suscitando en ella el atractivo por lo bello, por lo grande, por lo eterno. El que ha empezado pidiendo, se revela en seguida como el que ofrece y es capaz de dar lo infinito, lo divino, «**el don de Dios**»: el don de la verdad. Todo el relato está orientado hacia la revelación de la identidad de Jesús. Poco a poco se va dando a conocer a ella, para que al final termine aceptándole como «**el Salvador del mundo**». El diálogo con Cristo –también para nosotros– es siempre un diálogo de salvación, un diálogo que nos dignifica y nos hace descubrir el sentido de nuestra vida, los horizontes sin fin de una vocación eterna.

«**Agua viva**». La que brota fresca y corre limpia, en oposición al agua estancada. Conocer a Jesús es beber agua que fluye como manantial perenne y comunica vida eterna. A partir de la glorificación de Jesús, ese conocimiento se da en la Iglesia gracias a la acción del Espíritu Santo, que nos acerca la revelación.

«**Adorarán al Padre en espíritu y en verdad**». Mucho más que *espiritualmente* (en oposición al culto exterior) y que *verdaderamente* (con autenticidad). La adoración al Padre es suscitada en el creyente *por el Espíritu* de Dios, que lo hace orar “injertado” en el Hijo, *en Jesús* (que es la verdad). El culto cristiano (interno y externo) querido por Dios, nace cuando se acepta la

revelación de Cristo y se siguen las mociones del Espíritu del Padre y del Hijo.

«**Yo soy, el que te está hablando**». Es la cima del relato; Jesús se revela, se da a conocer: «**Yo soy**». Así se revela Yahveh en el AT (cf. Ex 3,14); al hacer suyo el nombre divino, Jesús se coloca en el nivel de Dios, expresando su ser eterno.

«**En aquel pueblo, muchos creyeron en Él por el testimonio que había dado la mujer**». El que nota que Cristo ha entrado en su vida y experimenta el gozo de su salvación, hace que continúe para otros este diálogo de salvación. Es lo que hace la samaritana: «**Venid a ver... me ha dicho todo lo que he hecho...**» Su testimonio suscita en otros el atractivo por Cristo y hace que entren en la órbita de Cristo. De esa manera acaban también ellos experimentando la salvación: «**Ya no creemos por lo que tú dices, pues nosotros mismos hemos oído y sabemos...**» ¿Será tan difícil que cada uno de nosotros dé testimonio de lo que Cristo ha hecho en su vida?

II. LA FE DE LA IGLESIA

El agua, símbolo del Espíritu Santo (694)

El **simbolismo del agua** es significativo de la **acción del Espíritu Santo** en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, ésta se convierte en el **signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento**: del mismo modo que la gestación de nuestro primer nacimiento se hace en el agua, así el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo. Pero «**bautizados en un solo Espíritu**», también «**hemos bebido de un solo Espíritu**»: el **Espíritu es, pues, también personalmente el Agua viva** que brota de Cristo crucificado como de su manantial y que en nosotros brota en vida eterna.

El Agua en la economía de la salvación (1217-1222)

En la **liturgia de la Noche Pascual**, cuando se bendice el agua bautismal, la Iglesia hace solemnemente **memoria de los grandes acontecimientos de la historia de la salvación que prefiguraban ya el misterio del Bautismo**. Desde el origen del mundo, el agua, criatura humilde y admirable, es la **fuente de la vida y de la fecundidad**. La Sagrada Escritura dice que el Espíritu de Dios «**se cernía**» sobre ella. La Iglesia ha visto en el **arca de Noé** una **prefiguración de la salvación por el bautismo**. Si el **agua de manantial simboliza la vida**, el **agua del mar es un símbolo de la muerte**. Por lo cual, pudo ser símbolo del misterio de la Cruz. Por este simbolismo, el bautismo significa la comunión con la muerte de Cristo. Sobre todo el **paso del mar Rojo**, verdadera liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, es el que **anuncia la liberación obrada por el bau-**

tismo. Finalmente, el Bautismo es prefigurado en el **paso del Jordán**, por el que el pueblo de Dios recibe el don de la tierra prometida, **imagen de la vida eterna**. La promesa de esta herencia bienaventurada se **cumple en la nueva Alianza**.

Dar a Dios culto en espíritu y en verdad (1179)

El culto «en espíritu y en verdad» de la Nueva Alianza **no está ligado a un lugar exclusivo**. Toda la tierra es santa y ha sido confiada a los hijos de los hombres. Cuando **los fieles** se reúnen en un mismo lugar, lo fundamental es que ellos son las «**piedras vivas**», reunidas para «*la edificación de un edificio espiritual*». El **Cuerpo de Cristo resucitado es el templo espiritual** de donde brota la fuente de agua viva. Incorporados a Cristo por el Espíritu Santo, «*somos el templo de Dios vivo*».

Fuentes de la oración (2652-2660)

El Espíritu Santo es el «agua viva» que, en el corazón orante, «*brota para vida eterna*». Es quien **nos enseña a recogerla** de la misma **Fuente: Cristo**. Pues bien, en la vida cristiana hay **manantiales donde Cristo nos espera** para darnos a beber el Espíritu Santo.

* La Palabra de Dios

La Iglesia recomienda insistentemente a todos sus fieles la **lectura asidua** de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo. Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la **oración** para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues "*a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras*" (San Ambrosio).

Los Padres espirituales resumen así las disposiciones de un corazón alimentado por la palabra de Dios en la oración: "*Busca leyendo, y encontrarás meditando; llama orando, y te abrirán contemplando*" (Guido el Cartujano).

* La Liturgia de la Iglesia

La misión de Cristo y del Espíritu Santo que, en la **liturgia** sacramental de la Iglesia, **anuncia, actualiza y comunica el Misterio** de la salvación, se continúa en el corazón que ora. Los Padres espirituales comparan a veces el corazón a un altar. La oración interioriza y asimila la liturgia durante su celebración y después de la misma. Incluso cuando la oración se vive «*en lo secreto*», siempre es oración de la Iglesia, comunión con la Santísima Trinidad.

* Las virtudes teologales

Se entra en oración como se entra en la liturgia: por la **puerta estrecha de la fe**. A través de los signos de su presencia, es el rostro del Señor lo que buscamos y deseamos, es su palabra lo que queremos escuchar y guardar.

El Espíritu Santo nos enseña a celebrar la liturgia **esperando el retorno de Cristo**, nos educa para orar en la esperanza. Inversamente, la oración de la Iglesia y la oración personal alimentan en nosotros la esperanza. Los salmos muy particularmente, con su lenguaje con-

creto y variado, nos enseñan a fijar nuestra esperanza en Dios: «*En el Señor puse toda mi esperanza, Él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor*» (Sal 40, 2). «*El Dios de la esperanza les colme de todo gozo y paz en su fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo*» (Rm 15, 13).

«*La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Rm 5, 5). La oración, formada en la vida litúrgica, **saca todo del amor** con el que **somos amados** en Cristo y que nos permite **responder amando** como Él nos ha amado. El amor es la fuente de la oración: quien bebe de ella, alcanza la cumbre de la oración.

* "Hoy"

Aprendemos a orar en ciertos momentos escuchando la palabra del Señor y participando en su Misterio Pascual; pero, en todo tiempo, **en los acontecimientos de cada día, su Espíritu se nos ofrece para que brote la oración**. La enseñanza de Jesús sobre la oración a nuestro Padre está en la misma línea que la de la Providencia (cf. Mt 6, 11.34): **el tiempo está en las manos del Padre**; lo encontramos en el presente, ni ayer ni mañana, sino hoy: «*¡ojalá oigan hoy su voz!: no endurezcan su corazón!*» (Sal 94,7.8).

Orar en los acontecimientos de cada día y de cada instante es uno de los secretos del Reino revelados a los "pequeños", a los servidores de Cristo, a los pobres de las bienaventuranzas. Es justo y bueno orar para que la venida del Reino de justicia y de paz influya en la marcha de la historia, pero también es importante **impregnar de oración las humildes situaciones cotidianas**. Todas las formas de oración pueden ser la levadura con la que el Señor compara el Reino (cf. Lc 13, 20 21).

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«*Jesús pide de beber y promete dar de beber; necesita como si hubiera de recibir, y mana como si hubiera de saciar. Si conocieras, dice, el don de Dios. Este don de Dios es el Espíritu Santo, pero todavía está oculto a la mujer y poco a poco va entrando en su corazón. Quizás ya lo está presagiando. ¿Hay algo más suave y bello que estas palabras: Si conocieras...? Agua viva es la que corre de una fuente.... es la que había allí, ¿cómo, pues, promete lo que pide?*» (San Agustín).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Te amo, Dios mío,
y mi único deseo es amarte
hasta el último suspiro de mi vida.*

*Te amo, Dios mío infinitamente amable
y prefiero morir amándote
a vivir sin amarte.*

*Te amo, Señor,
la única gracia que te pido
es amarte eternamente...*

*Dios mío, si mi lengua no puede decir
en todos los momentos que te amo,
quiero que mi corazón te lo repita
cada vez que respiro.*

(S. Juan María Vianney).